

## tejido doble.

Teresa Lanceta, Ceija Stojka, Mónica Valenciano, Nathalie Bellón.

Esta es la tercera exposición del ciclo **tejido doble**. Cambia la disposición y el número de tapices de Teresa Lanceta y se incorporan los dibujos de Nathalie Bellón. Nuestra intención fue siempre trabajar con otra idea de exposición, más programática si se quiere. A la manera de contar de los trabajos de Ceija Stojka o Mónica Valenciano se suma ahora otra disposición, literalmente otro relato. Y es que, lo que queremos hacer explícito en este caso es la cualidad narrativa, literariamente narrativa, de los tapices de Teresa Lanceta. No es casualidad, por tanto, que Nathalie Bellón sea ilustradora, haga cómics, historietas, como queramos llamarlo. Aquí no estamos hablando sólo de contar, actividad básica de quién entrelaza tejidos y tapices, también de narrar, de contar cuentos, ¡vaya!

Una de las grandes aportaciones de la segunda ola del arte moderno de hacer tapices, digámoslo de esta manera, es la de asumir su función narrativa. Podemos pensar que, en el entorno de la Bauhaus y su recuperación y extensión de las artesanías, se cargaron las tintas en las operaciones conceptuales y formales de la abstracción. No solo como manera de secularizar usos rituales de los tapices que les servían de inspiración, también como la posibilidad de alcanzar una cierta neutralidad cultural (del valor de culto) que permitiera reconocer los valores formales de esas formas de hacer. La operación, suficientemente puesta a juicio por lecturas poscoloniales, no debe, sin embargo, despreciarse de ninguna manera. Hubiese sido imposible para las nuevas artistas y artesanas vernaculares, por ejemplo, poder operar por desterritorialización y, a la vez, ser voces de su comunidad, sin tener presentes esta conceptualización abstracta y simbólica que operó como distancia y como puente, vehículo en definitiva de su nuevo hacer. Y en ese nuevo hacer, la narración -mitológica, autobiográfica, política- tenía mucho que decir.

El caso es que, entre las cualidades pioneras de los trabajos de Teresa Lanceta, está esa posibilidad de narrar, de contar cosas. Es una cualidad casi intrínseca a una de las formas de artesanía que a Lanceta más le han interesado. El hacer colectivo, el hacer del taller, donde, mientras se hila, se van contando cosas, cuitas y sucedidos. Lo vemos en sus trabajos expandidos sobre las tejedoras de Marrakech, las trabajadoras en Tabacalera o los relatos de la llamada memoria histórica en torno a la batalla del Ebro en la última de las guerras civiles españolas. Pareciera que a las telas se adhirieron las palabras y que las historias, escritas así, en minúscula para diferenciarlas de la gran Historia, sea la Historia de España o la Historia Universal, las historias, digo, se metamorfosearon en relato, traza a traza, cuerda a cuerda, hilo a hilo.

Además, para subrayarlo, Teresa Lanceta, suele acompañar muchos de sus tapices de relatos escritos o contados, de verdadera vocación oral, historias que no son unívocas

ni una explicación detallada de los que en el tapiz se cuenta. Se trata, sencillamente, de entender que hay la posibilidad no sólo de ver, también de leer en la urdimbre de sus telas. El tapiz habla, habla por sí mismo, aunque es verdad que podríamos decir que Lanceta ha hilado con aguja su vocabulario, los tonos de su voz, la parsimonia de sus historias siempre salpicadas por risitas y risotadas, nunca hay un humor fácil ni distante en los chascarrillos que estas telas cuentan.

Dos de los mitos que han fundado nuestra cualidad de contar, los de Penélope y Sherezade, ligan, de alguna manera, las historias del contar y el tejer, casi de forma literal. Es lógico que Nathalie Bellón, desde la ilustración, el cómic, la historieta, ya digo, como queramos llamarlo, se agarre al flamenco precisamente ahí, en su cualidad de arte de *contaores*, no sólo de cantaores. Están las historias de Mercé La Serneta y de Tía Anica la Piriñaca, pero podrían estar otras muchas de diversas escuelas y alientos. Tenemos la tradición que en Cádiz se remonta a Inasio Ezpeleta y que sigue con Pericón de Cádiz, El Cojo Peroche, Beni de Cádiz y su hermano Amos Rodríguez Rey, Chano Lobato o Mariana Cornejo. Tenemos eso que Tomás de Perrate llama «infundios» y que recorre por igual a familias utreranas y lebrijanas: los Bacán, los Peña, los propios Perrates. Pensemos en los libros testimoniales recogidos por José Luis Ortiz Nuevo: Aurelio Sellés, Borrico de Jerez, Tía Anica la Piriñaca y Pericón de Cádiz, ya referidos, Pepe el de la Matrona, Enrique El Cojo o el inédito - merecería tanto recuperarlo- dedicado a José de los Reyes, El Negro, cantaor del Puerto de Santa María. Cantar y contar, como decía Isabel Escudero, son la misma cosa.

Y, como decíamos, Nathalie Bellón nos enseña una forma clara de contar, una forma que se embarca en el difícil dominio del relato oral, del infundio, del testimonio flamenco, lejos ya de lo novelesco que han tenido otras aproximaciones suyas al género. Bellón trama un «documental» a la hora de contar, no una ficción peliculara. En el trabajo del que proceden estas viñetas se pone en marcha todo un ensayo de metalenguaje. Aparece quién cuenta, cómo lo cuenta y dónde lo va contando. Y esa densidad lingüística que, sin ser una novedad, sí es una contundente afirmación de por dónde van los caminos que en el mundo de la ilustración gráfica le interesan, en esa procelosa densidad, repito, funciona como perfecto sonajero la espontaneidad del relato flamenco. Eso es sin duda un acierto, ese bajar al terreno de la escucha dejando que las imágenes compongan el fondo. Lo que oímos, las letras que las historias encierran en bocadillos, funcionan a contrapelo de las imágenes estáticas y escenográficas que las albergan, suerte de gran teatro, a la altura de los motivos y motetes de los flamencos.

Y es que esta densidad conceptual, tanto en el «documental» de Bellón como en los tapices de Lanceta, es una exigencia, una cualidad mayor para enfrentar lo flamenco sin paternalismos ni posicionamientos ingenuos, tampoco académicos, tratando a sujetos y objetos de manera horizontal, entrelazándose con ellos. Walter Benjamin observó esas mismas cualidades democráticas para el relato oral, popular, para los

pequeños escritos que constituían en forma de cuentos el entretenimiento de niños y mayores. El entretenimiento como una forma de entender el mundo. Sin esa cualidad, nunca podremos entender bien el hecho flamenco, sin esa condición fenoménica tan ligada a situaciones espaciales y temporales determinadas. El arte como espacio del pasatiempo. Es ahí donde aparece el relato, el cuento, la narración que nos interesa. Coser y cantar y contar.